

nistrados por la tradicion, no sale de los límites del género. Su primer libro es sólo un ensayo; en él se ve la fábula pura y sencilla en toda su desnudez, *la cigarra y la hormiga, el cuervo y la zorra*, etc.; la moraleja está en relacion con el asunto. De este modo, ¿por qué no he de decirlo? parece la fábula un género insignificante y sobradamente insípido. Entiendo que debe concebirse de otro modo. Allá en su origen, entre los Orientales, cuando se disfrazaba el ingenio primitivo con parábolas que permitieran hablar á los poderosos, podia tener y tenía elevacion y grandeza; pero trasplantada al occidente y reducida á ser una relacion muy corta con un dístico final que encierre una moraleja, no me parece la forma más adecuada para instruccion de los niños. Esopo, Babrius ó Fedro han podido sobresalir en este género; pero por mi parte no los leeré dos veces; Por qué, pues, La Fontaine, ha sabido ser un gran poeta en la fábula? Porque llegó á no ver en ella más que un pretexto para su genio inventivo y su talento de observacion universal. « La fábula, ha dicho M. Vinet, no era otra cosa para La Fontaine que la forma preferida de un genio mucho más vasto que este género de poesia. »

Sin embargo, en la primera forma, al fin del primer libro, en *la caña y el roble*, ya alcanzó La Fontaine la perfeccion de la fábula propiamente dicha; encontró la manera de introducir en ella grandeza é inspiracion sin ensanchar los límites del cuadro; es ya el maestro. En *el molinero, su hijo y el asno*, habla y hace hablar á Malherbe y Racan, no siendo el apólogo más que ornamento de la conversacion. Pero donde se ve distintamente, donde se declara su segunda manera de entender y de escribir la fábula, es en la segunda coleccion, en el libro VII que se abre con la fábula de *los animales enfermos de la peste*. El poeta en su prefacio reconoce él mismo que aquí se aparta del género de Esopo, « que ha buscado otros *enriquecimientos* y extendido más las circunstancias de sus relatos. » Cuando se toma el volumen de las Fábulas por este libro VII, *es propiamente un encanto*, como dice el poeta en la Dedicatoria; son obras maestras que se suceden, *la lechera y el cántaro, el cura y el muerto* y todas las que siguen; apénas si se desliza entre tantas superiores alguna que otra mediana, como *la cabeza y la cola de la serpiente*. La fábula que cierra el libro VII, *un animal en la luna*, revela en el fabulista una facultad filosófica que su

ingenuidad primera no permitia sospechar; el hombre sencillo que se tomaria por crédulo al razonar con él, pues aparenta escuchar las razones de su interlocutor sin soñar siquiera en dar las suyas, es un émulo de Lucrecio y de todos los grandes poetas que han pensado. Trata de las cosas naturales con tanta firmeza como superioridad. No le engañan en el mundo físico más que en el moral las vanas apariencias. Habla del sol en un lenguaje que Copérnico y Galileo no desdenarian, cuando dice que *la Tierra anda* y que *está inmóvil el ojo de la naturaleza* (1). Pascal, geómetra y todo, no se hubiera atrevido á decir más sobre el movimiento de la Tierra. En su fábula de *Demócrito* pone el pensamiento muy por encima de las vulgares preocupaciones. Nadie en su tiempo refutó á Descartes y el Cartesianismo con más ingenio que él. En varias de sus fábulas discute y razona estas materias sutiles, haciendo pasar á traves de sus razonamientos el perfume de los campos, el olor agreste del tomillo.

Al final de su fábula *un animal en la luna*, celebra La Fontaine la suerte de Inglaterra, libre de guerras por entónces, dejando oír deseos y pensamientos de paz en plena gloria guerrera de su soberano; pero lo hace con delicadeza, aplaudiendo las empresas de Luis XIV y reconociendo que la paz tan deseada no es absolutamente necesaria:

La paix fait nos souhaits, et non point nos soupirs.

Siempre que La Fontaine hablaba de los poderosos de la tierra, de los dueños del mundo, y del *leon* que en sus fábulas los representa, dejaba comprender que sus grandezas no le desvanecian. Á este propósito se ha referido una anécdota, que quiero contar aqui por ser ménos conocida que otras y por ser muy auténtica; procede de Brosette que la habia oido de los labios de Boileau:

« Hablaban un dia Racine y La Fontaine del poder absoluto de

(1) J'aperçois le soleil: quelle en est la figure?
Ici-bas ce grand corps n'a que trois pieds de tour;
Mais si je le voyais là-haut dans son séjour,
Que serait-ce à mes yeux que l'œil de la nature?
Sa distance me fait juger de sa grandeur:
Sur l'angle et les côtés ma main la détermine.
L'ignorant le croit plat; j'épaissis sa rondeur.
Je le rends immobile, et la terre chemine.

los reyes. La Fontaine, amante de la independencia y de la libertad, no aceptaba, no se acomodaba á la idea que Racine le daba de este poder absoluto é indefinido. Racine se apoyaba en la Escritura, que habla de la eleccion que el pueblo judío quiso hacer de un rey en la persona de Saúl y de la autoridad que este rey tenía sobre su pueblo. — Pero si los reyes, repuso La Fontaine, son dueños de nuestras vidas, de nuestros bienes, de todo, es preciso que tengan el derecho de considerarnos como hormigas con respecto á ellos; me rindo á discrecion si me hacéis ver que esto esté autorizado en la Escritura. — ¡ Y qué! dijo Racine ¿ no habéis leído en la Escritura: *Tanquam formicæ deambulabitis coram rege vestro?* — Este pasaje era de su invencion, pues no está en la Escritura; pero lo citó por burlarse de La Fontaine que lo creyó buenamente» (1).

Esta anécdota pinta muy bien, por una parte los sentimientos naturales del fabulista, por otra su facilidad en la discusion; cuando expresaba en verso lo que pensaba y lo que más queria, se cuidaba poco de sostenerlo en prosa contra los que querian contradecirlo ó negarlo. De todo lo que dijo en sus versos contra los monarcas y contra los leones haríamos mal en deducir que La Fontaine tuviera arraigadas opiniones ni que fuera hostil á nada. No ocultaba sus propias observaciones sobre los poderosos y los grandes; pero ménos pensaba en lisonjear al pueblo, á este pueblo de Atenas que llama en alguna parte *el animal de las cabezas frívolas*.

No tengo aquí la pretension de clasificar las fábulas de La Fontaine; sería desconocer su espíritu y atentar á su diversidad. Pero señalamos el primer lugar por la belleza á las grandes fábulas morales *El pastor y el rey* y *El paisano del Danubio*, en las que se revela un sentimiento elocuente de la historia y casi de la política; siguen en orden otras igualmente impregnadas de filosofía, como por ejemplo, *El viejo y los tres jóvenes*. Hay algunas que son verdaderas elegías, como *Los dos pichones*, y muchas que tienen todo el movimiento del perfecto drama. Si La Fontaine ha tratado á la naturaleza humana con severidad, si no ha lisonjeado á la especie, si ha dicho que la infancia es cruel y la vejez sin piedad, basta

(1) *Récréations littéraires*, por Cizeron-Rival, página 111.

para poder decir que no ha calumniado al hombre el que la amistad haya encontrado en él un intérprete habitual y tan conmovedor. Sus *Dos amigos* es la obra maestra; pero aún fuera de ella, siempre que habló de la amistad lo hizo con verdadero sentimiento.

Cuando se ha leído en una sola jornada la coleccion escogida de las mejores fábulas de La Fontaine, se siente renovada la admiracion que inspira; se puede decir con un crítico eminente (*Pensamientos de Joubert*): « Hay en La Fontaine una plenitud de poesia que no se encuentra en ninguno de los autores franceses. »

¿ Qué he de decir que no sepa todo el mundo de la vida desarreglada de nuestro fabulista, de las vulgares costumbres y el rebajamiento de sus postreros años, de su final y sincera penitencia? La vida de La Fontaine es como una leyenda popular, y basta empezar á referir una de sus anéctodas para que cualquiera la concluya.

La Fontaine murió el 13 de Abril de 1695, á la edad de setenta y cuatro años, en el hotel de su amigo monsieur d'Hervart y en los piadosos brazos de Racine. Pero dejando á un lado estas cosas conocidas, quiero ocuparme en discutir un momento la opinion de Lamartine, en volver sobre el más rudo ataque dirigido contra la reputacion de La Fontaine.

El poeta moderno, en una página de sus *Memorias*, hablando de los primeros libros que en su infancia le dieron á leer, se expresa así :

« También me hacian aprender de coro algunas fábulas de La Fontaine; pero sus versos dislocados, desiguales, cojos, sin simetría en el oído ni en la página, me repugnaban. Por otra parte, sus historias de animales que hablan, que dan lecciones, que se burlan los unos de los otros, que son egoístas, burlones, avaros, sin piedad, sin amistad y peores que nosotros, me sublevaban. Las fábulas de La Fontaine encierran más bien la filosofía dura, fría, egoísta de un anciano que la filosofía amante, generosa, cándida y buena de un niño : son de hiel... »

Abrevio esta página injuriosa; no quiero ver en ella sino lo que hay realmente : la antipatía de dos naturalezas y la discordia de dos poesías. Reduciendo la opinion de Lamartine á su sentido ver-

dadero, encuentro ménos un error de juicio que una consecuencia de su manera de ser y de sentir.

Voltaire, queriendo explicar el poco gusto de Luis XIV por el fabulista La Fontaine, ha dicho :

« Me preguntaréis por qué Luis XIV no hizo caer sus beneficios sobre La Fontaine, como sobre los demas poetas que honraron el gran siglo. Os responderé ante todo que no gustaba del género en que La Fontaine sobresalió. Trataba las fábulas de La Fontaine como los cuadros de Teniers, de los que no queria ver ninguno en sus aposentos. »

Á una antipatía del mismo género se debe referir el anatema lanzado contra La Fontaine por Lamartine. Este tiene tambien el gusto noble, el de la regularidad en la armonía y las grandes líneas, sea cualquiera el género. Además, Lamartine representa una poesía sentimental, elevada, un tanto metafísica, que era nueva en Francia cuando él apareció y opuesta al genio frances en lo que siempre ha tenido de positivo, humorista y picaresco.

Marquemos con exactitud la diferencia de las dos razas.

De una parte nuestros viejos galos, nuestros autores de cuentos, Villon, Rabelais, Régnier y todos aquellos más ó ménos conocidos cuyo espíritu se resume y personifica en La Fontaine como heredero que los corona y los rejuvenece, pudiéndosele llamar el último y el más grande de los antiguos poetas franceses, el Homero en quien libremente y por última vez se juntan y se confunden sus predecesores. De otra parte los más modernos, los sentimentales. Ha habido en Francia en varias épocas tentativas de introduccion y naturalizacion del género elevado, sentimental, romántico ; pero este género, despues de una boga pasajera, fracasaba al fin, siendo sacrificado definitivamente : el espíritu de la primera raza gala es el que ha prevalecido. Hubo en tiempo de Urfé un ensayo que asemeja por más de un punto de vista el género metafísico y analítico moderno. Este ensayo continuó en las novelas preferidas del hotel de Rambouillet. En tiempo de Juan Jacobo Rousseau volvió á intentarse por pluma de primer orden con talento superior y apropiacion directa al estado de las almas. Sólo á partir de esta época se puede decir que lo sentimental ha invadido nuestra literatura. La filosofía del

siglo xviii atacando al cristianismo produjo la natural reaccion, avivando el sentimiento en las almas, en algunas almas ; Madama de Staël y Chateaubriand surgieron en la hora más propicia, despertando cada uno á su manera el gusto de lo misterioso ó lo infinito. Hubo una generacion en la que más de un espíritu sintió un malestar, sintió deseos desconocidos ántes. Se ha dicho que el cristianismo, cuando se retira de las almas, deja en ellas un vacío, deja un desierto difícil de llenar. En tal ocasion apareció Lamartine, encontrando en poesía nuevos acentos que respondian al estado moral inquieto y vago de las ideas y los corazones. Su primera tentativa poética, la única que tiene verdadera originalidad, la tentativa de las *Meditaciones*, consistió en querer dotar á Francia de una poesía sentimental, metafísica y un poco mística, lírica y armoniosa, religiosa y al mismo tiempo humana, tomando con seriedad los afectos, no sonriendo jamas. Es natural que el legítimo representante de esta poesía de la que siempre habia carecido Francia, simpatice poco con nuestro La Fontaine, que es el Homero de la vieja raza gala. Despues de todo, no hay aquí otra cosa que el combate de los dioses nuevos con los antiguos dioses.

Y, notadlo bien, si no existiera un La Fontaine en el pasado, ó se perdiera el gusto y el amor á él en el presente ó en el porvenir, desaparecerian las reminiscencias del espíritu frances que aún quedan mezcladas á la poesía, perderíase el último residuo del genio gala que no se contenta con la pura sensibilidad, que se burla del vago sentimiento y, para decirlo todo, que se rie en los más bellos fragmentos del propio Lamartine. En dos palabras, Lamartine eleva al hombre hasta el nivel del ángel, y si La Fontaine parece elevar las bestias hasta el nivel del hombre, tampoco olvida que el hombre es el primero de los animales.

Se opondrá quizá á mi explicacion que Bernardino de Saint-Pierre, de quien Lamartine procede evidentemente y que es uno de los maestros de la escuela armoniosa é ideal, gusta de La Fontaine y no pierde ocasion de citarle y alabarle. Pero he de hacer observar que Bernardino de Saint-Pierre, al adoptar la moral del fabulista, no se halla tan en contradiccion consigo mismo como pudiera creerse, pues si Bernardino es optimista lo es con relacion á la

humanidad que él sueña, de ningún modo con respecto á los hombres que ha encontrado y conocido; juzga á estos últimos con mas severidad que indulgencia. Haré observar igualmente que bajo el ideal de Bernardino de Saint-Pierre hay un gran fondo de realismo. No cuesta mucho trabajo descubrir en él cierto gusto sensual que pudiera llamarse inocente y primitivo, contemporáneo de los patriarcas, que le impide perderse en los refinamientos del sentimentalismo. Habia observado mucho á los animales y se habia acostumbrado á ver en ellos como un complemento del edificio humano. Decia de La Fontaine: « Si sus fábulas no fueran la historia de los hombres, serian para mí un suplemento de la de los animales. » — Lamartine, teniendo mucho de Bernardino, carece de este lado natural; huye de la materia cuanto le es posible; no tiene raíces en la tierra y sólo persigue un ideal seráfico: es el polo contrario á La Fontaine.

Paréceme que queda bien establecido el punto de debate, prescindiendo de lo que sería personal y tal vez injurioso. Ahora bien ¿Será La Fontaine vencido? ¿Saldrá de la contienda menguado, empequeñecido, condenado? ¿Esta poesía primera de Lamartine hará desmerecer en algo á la de La Fontaine, tan natural, tan gráfica, tan precisa? Yo no lo creo.

La poesía de *las Meditaciones* es noble, sublime, armoniosa y etérea; pero vaga. Cuando los sentimientos generales y flotantes á los cuales se dirigia sean sustituidos en las generaciones por otros sentimientos ó modificados por otras corrientes; cuando la enfermedad moral que expresa, que lisonjea, que acaricia con complacencia haya cesado, esta poesía será ménos sentida y ménos comprendida, pues no tiene el relieve y la personificación de imágenes reales y visibles como las quiere la raza francesa, poco ideal, poco mística y enemiga por naturaleza de lo abstracto. Aún no sabemos ni ha comprendido nadie cuál es la figura vaporosa y angélica de *Elvira*. El poeta nos lo ha explicado en prosa, pero sus versos no lo dicen. *El Lago*, tan admirable por el estro, tan rico de inspiración, no está tan bien dibujado como *los Dos Pichones*. Cuando oigo recitar, aún hoy á bastantes años de distancia, alguna de las hermosas producciones líricas de Lamartine ó de su escuela, tengo necesidad, yo mismo que padecí en mi tiempo la propia

enfermedad, de esforzar mi atención y de aplicarla entera á penetrar su sentido, mientras que La Fontaine me habla y me sonríe desde la primera estrofa. El principio de *las Dos Cabras*, el de *la Perdiz* y tantas otras fábulas que empiezan brillantes de vida y de frescura, nos regocijan hoy tan vivamente como el primer día. No palidecen, no envejecen. Aquí no se desvanece ni se borra nada. La Fontaine no pinta ni cuenta lo que no ha visto. Su cuadro se le escapa saltando á nuestros ojos, si nos podemos expresar así; desde los cuatro versos iniciales ya lo hemos visto todo.

Que cada cual continúe la comparación y la concluya. Mi opinión es que La Fontaine, como Molière, ha de ganar con el tiempo. El buen sentido, profundamente mezclado á su talento sencillo, cándido y único, le asegura un porvenir inmenso.